



*Un voto
muy valioso*



EVIE DUNMORE

Libros de
seda

*Para Opa,
que me enseñó que podía enfrentarme a todo,
pero sin tener que soportarlo todo.*

Capítulo 1



Kent, agosto de 1879

—¡**D**e ninguna manera! ¡Qué idea tan descabellada, Annabelle!
Los ojos de Gilbert eran como los de una liebre a punto de que la alcanzaran los sabuesos.

Annabelle bajó la mirada. Sabía que tenía que parecer recatada, porque, cuando estaba nervioso o desbordado, el recato aplacaba a su primo. De todos los tipos de hombres a los que había aprendido a manejar, el ignorante y sin embargo vanidoso no era el más difícil, en absoluto. Así que, cuando su destino estaba en manos de un hombre de esa clase, al daño habitual había que añadirle el insulto. Gilbert tenía la ocasión de destrozar una oportunidad como esa, de las que se presentan una vez en la vida, y acto seguido ponerse a contarle las maravillas de la mariposa cuyo cadáver atravesado por un alfiler acababa de añadir a su colección en el atiborrado estudio.

—Y después, ¿qué vendrá? —preguntó, sarcástico—. ¿Unirte a un circo ambulante? ¿Optar a un escaño en el Parlamento?

—Sé que es poco habitual —arguyó—, pero...

—No vas a ir a Oxford —sentenció él, al tiempo que daba sobre el escritorio, con la mano abierta, un golpe que hizo temblar la caja de la pobre mariposa.

Era el viejo escritorio de su padre, adjudicado por herencia a Gilbert en vez de a ella. El magnífico mueble no significaba nada para su primo: desgastado por el tiempo, apoyado sobre cuatro garras de león magníficamente labradas, era ideal para resaltar la autoridad del caballero que se sentara allí, pero incluso tras él Gilbert seguía teniendo aspecto de pollo atolondrado.

Bien. La verdad era que tenía cierta lógica que se sintiera algo acorralado. Se había sorprendido a sí misma. Después de cinco años actuando como la criada para todo de su primo Gilbert, no esperaba volver a sentir nunca más ningún tipo de anhelo. Había agachado la cabeza y plantado con fuerza los pies en el suelo para aceptar que las mínimas fronteras de la parroquia de Chorleywood conformaban los límites de sus sueños. Pero el anuncio de que la centenaria Universidad de Oxford había abierto matrículas y un colegio mayor para damas se había clavado en su pecho con la fuerza de un flechazo.

Había procurado ignorarlo, pero, al cabo de solo una semana, el autocontrol que tanto le había costado adquirir y mantener se había diluido como un azucarillo en el agua. Y, sin duda, ello se debía a algo más que a que lo deseara con mucha fuerza. ¿Durante cuánto tiempo se interpondría la destartalada hacienda de Gilbert entre ella y la indigencia?, ¿entre ella y una posición como institutriz en la que fuera la presa fácil de un amo lujurioso? Durante el día, realizaba sus tareas rutinarias como una autómatas. Pero por la noche le asaltaba la conciencia de que se encontraba al borde de un precipicio y de que al fondo del abismo lo que aguardaba era su vejez en la hacienda. Sus pesadillas eran de eterna caída.

Rozó con los dedos el sobre que guardaba en el bolsillo del delantal. La carta de admisión de Oxford. Una educación como Dios mandaba la salvaría de la caída.

—Esta conversación ha terminado —sentenció Gilbert.

Apretó los puños. «Calma. Mantén la calma».

—No quiero pelearme contigo —dijo casi en un susurro—. Pensaba que te encantaría. —¡Menuda mentira!

Gilbert arrugó la frente.

—¿Encantarme? ¿A mí? —Su expresión mostró algo parecido a la preocupación—. ¿Te encuentras bien?

—Dadas las ventajas que aportaría a la familia, pensaba que te encantaría, sí.

—¿Ventajas...?

—Te pido perdón, primo. Siento que hayas malgastado tu siempre precioso tiempo con esto. —Hizo ademán de levantarse.

—Bueno, no tengas prisa —concedió Gilbert con un movimiento de la mano—. Siéntate, siéntate.

Lo miró de frente, sin tapujos.

—Sé que tienes grandes planes para los chicos —le recordó— y una institutriz graduada en Oxford ayudaría bastante a conseguirlos.

—Claro que tengo planes, y muy sólidos —admitió Gilbert entre dientes—, pero tú ya tienes conocimientos de griego y de latín más que suficientes, incluso más de lo que resulta apropiado. Y es bien sabido que el exceso de educación arruina la mente femenina. Así que, ¿dónde están las ventajas para familia, vamos a ver?

—Habría solicitado el puesto de institutriz en la mansión del barón.

Era la última bala: si la referencia al barón Ashby, señor de la hacienda de la colina y propietario de la parroquia, no lograba que Gilbert se decidiera, nada podría lograrlo. Gilbert besaba el suelo que pisaba el barón.

De hecho, se puso tenso. Annabelle casi podía escuchar cómo los engranajes de su mente se ponían a trabajar y giraban como la vieja piedra de amolar de la no menos vieja cocina, que lo era (vieja) porque Gilbert nunca disponía de dinero suficiente para realizar mejoras en la casa. Lo cual era de lo más lógico, dado que el magro salario que recibía por hacer sonar las campanas de la iglesia seguía siendo el mismo, mientras que su familia crecía de forma sostenida.

—Bueno —aceptó Gilbert—, eso significaría un buen salario. El señor paga bien.

—¡Y tanto! Pero te entiendo, primo. No hay dinero que pueda compensar la falta de decoro.

—Eso, como concepto, es verdad. Pero no se podría decir que fuera exactamente falta de decoro, ¿verdad?, dado que el objetivo sería conseguir un bien mayor.

—¡Oh! —casi gritó ella—. Ahora que me has hecho ver todos los problemas que plantea mi plan... ¿Y si mi mente se arruinara?

—Vamos, vamos, no exageres —razonó Gilbert, condescendiente—. Seguro que tu mente ya está habituada a los libros. Lo que pasa es que no podríamos pasarnos sin tu ayuda ni siquiera una semana. Tendría que contratar, y pagar, a alguien que se encargara de tus tareas. —Le lanzó una mirada de alarma—. Como sabes, no hay presupuesto para ello.

Qué desgracia que se diera cuenta en ese justo momento de que la planificación financiera era algo básico. Sin duda quería que lo compensara por los gastos que acarrearía su partida, ya que el trabajo que ella hacía no le costaba nada. Por desgracia, la pequeña beca que le concederían para estudiar en Oxford apenas podría cubrir los gastos de manutención y la ropa.

Annabelle se inclinó hacia delante.

—¿Cuánto le pagarías a una criada, primo?

Gilbert abrió los ojos, sorprendido, pero se recuperó enseguida.

—Dos libras —afirmó, cruzándose de brazos.

—¿Dos libras? —repitió ella, con una ceja arqueada.

—Sí —insistió con expresión terca—. Beth... de nuevo tiene ciertas necesidades. Tendría que conseguir ayuda adicional.

—Pues entonces te mandaré dos libras mensuales.

Gilbert frunció el ceño.

—¿Y cómo te las vas a arreglar?

—Será sencillo. Estoy segura de que hay muchísimos alumnos que necesitan tutoría.

—Ya veo...

No estaba nada convencido, ni ella tampoco, dado que ni las criadas de la hacienda ganaban dos libras mensuales; además, el que fuera capaz de arañar siquiera dos chelines al mes podría considerarse un auténtico milagro.

Se levantó y apoyó la mano derecha sobre el escritorio.

—Tienes mi palabra.

Gilbert miró la mano como si fuera una criatura extraterrestre.

—Dime una cosa —empezó—, ¿cómo puedo estar seguro de que el aire y la vida universitaria de Oxford no te van a conquistar y de que volverás aquí cuándo termines los estudios?

Se quedó con la mente en blanco. El único objetivo de pedir permiso a Gilbert había sido mantener su sitio en ese hogar: toda mujer necesitaba un lugar para vivir, cualquier lugar. Sin embargo, dar su palabra al respecto le producía cierta intranquilidad.

—¿A dónde iba a ir si no? —preguntó a su vez.

Gilbert frunció los labios y se dio unos golpecitos en el estómago. Se tomó cierto tiempo para contestar.

—Si no cumples con los pagos, tendré que hacerte volver —le advirtió por fin.

En su mente les dio la vuelta a esas palabras. Hacerla volver significaba que antes permitiría que se marchara. ¡La dejaba marchar!

—Entendido —dijo al cabo de un instante. Se dieron la mano, él de manera mecánica y fofa. Ella se mantuvo apoyada contra el escritorio, que era lo único sólido de una habitación difusa y amorfa.

—Vas a necesitar carabina, por supuesto —le oyó decir.

No pudo evitar la risa, de cuyo sonido, ahogado y contenido, se sorprendió.

—Pero si tengo veinticinco años, nada menos...

—Humm..., supongo que, con toda esa educación, en cualquier caso no tendrás la más mínima posibilidad de casarte.

—¡Qué afortunadas aquellas que no tienen ningunas ganas de hacerlo!

—Sí, sí —reaccionó Gilbert.

Sabía que él no aprobaba la soltería voluntaria; eso era, sostenía, «antinatural». Pero cualquier preocupación concerniente a su virtud, dada su edad, no podría ser nada más que un simple guiño al protocolo social. A no ser que, como todo el mundo en Chorleywood, tuviera alguna sospecha sobre ella.

Como si le hubieran dado pie, la miró con el ceño fruncido.

—Hay otra cosa que tiene que quedar clara, Annabelle, pero que muy clara.

Las palabras parecían revolotear a su alrededor como gavilanes que se preparaban para lanzarse al ataque. Pero a ella le daba igual; a esas alturas, tenía la sensibilidad tan encallecida como las manos. Gilbert empezó:

—Como todo el mundo sabe, Oxford es una ciudad en la que reina el vicio; un nido de víboras lleno de pendencieros, borrachos y libertinos. Si resultase que te encenagaras en algún acto impropio o si surgiera la más mínima sombra de duda acerca de tu conducta moral, por mucho que me doliera, perderías el derecho a un lugar en esta casa. Un hombre como yo, al servicio de la Iglesia anglicana, debe estar al margen de cualquier escándalo.

Se refería, por supuesto, a cualquier escándalo que implicara a un hombre. No tenía que preocuparse en absoluto a ese respecto. No obstante, estaba el asunto de la beca. Gilbert parecía entender que la otorgaba la

Universidad, pero en realidad su benefactora era la Organización Nacional de Mujeres Sufragistas, a la que ahora tenía que unirse en su lucha por el derecho al voto de las mujeres. En su defensa, había que decir que había tenido conocimiento de la organización a través de una tal lady Lucie Tedbury y sus anuncios a propósito de las becas femeninas, no porque tuviera el menor interés en el activismo político. No obstante, era bastante probable que en la lista de atrocidades morales de Gilbert el voto para las mujeres no estuviera muy por debajo de los escándalos de pasión.

—Por fortuna, una solterona que viene del campo estará a salvo de cualquier sospecha de escándalo —respondió con tono de despreocupación—, incluso en Oxford.

Gilbert volvió a dirigirle una mirada estrábica. Annabelle se sintió incómoda al ser observada. ¿Acaso se había excedido en su comentario? Desde luego, hacía tiempo que había superado los sonrojos juveniles; había escarbado la tierra para recoger patatas soportando el sol, el viento y la lluvia; y el tiempo había dibujado unas ligeras líneas, aún apenas profundas, alrededor de sus ojos. Pero el espejo de cada mañana seguía mostrando una cara de veinteañera temprana; las mismas sonrosadas y prominentes mejillas; la nariz estilizada y, como homenaje a su ascendencia francesa, una boca que siempre parecía estar a punto del mohín. Una boca que volvía locos a los hombres, o al menos eso le habían dicho.

Hizo un mínimo gesto irónico con los labios. Siempre que alguna superficie le devolvía su imagen, veía sus propios ojos. El brillo verdoso hacía tiempo que estaba velado por un conocimiento que las debutantes eran incapaces de tener, un conocimiento que la alejaba de los escándalos que podían traer consigo ciertas miradas. De verdad, lo último que deseaba en ese momento de su vida era volver a tener problemas en los que estuviera implicado un hombre.

Capítulo 2

Westminster, octubre de 1879

— **Y** ahora —continuó lady Lucie—, para las recién llegadas, hay tres reglas que cumplir cuando le entreguemos un folleto a un caballero. Primera: identifiquemos a los hombres influyentes. Segunda: aborédmoslos con firmeza, pero también con una sonrisa, siempre. Tercera: recordemos que, si estamos asustadas, lo notan. Pero, en general, ellos tienen más miedo de nosotras.

—Como los perros —susurró Annabelle.

Lady Lucie fijó en ella su afilada mirada gris.

—Pues... algo así, sí.

Estaba claro que la dama tenía un oído muy agudo. Sería bueno tenerlo en cuenta en el futuro.

Annabelle aferró con los helados puños los bordes del vestido y se lo apretó contra el pecho. La recia lana no ofrecía una protección adecuada contra la fría niebla londinense que inundaba la plaza del Parlamento, ni tampoco contra las miradas de los paseantes. Las sesiones del Parlamento habían terminado, lo cual no impedía que muchos caballeros pasearan por Westminster para ir desarrollando las próximas leyes de la nación. Se le hacía muy difícil acercarse a cualquiera de esos hombres. Ninguna mujer decente se atrevería a entablar conversación en la calle con un extraño y menos para entregarles un panfleto que declaraba sin ambages: «¡La Ley de Propiedad de las Mujeres Casadas convierte en esclavas a todas las esposas!».

Era evidente que el título tenía algo de verdad, dado que el día de su boda una mujer perdía todas sus propiedades, que pasaban a ser del marido... No obstante, teniendo en cuenta las miradas de desaprobación

dirigidas al pequeño grupo, había tratado de ocultar con discreción los panfletos. Pero sus esfuerzos cayeron en saco roto cuando lady Lucie, secretaria general de la Organización Nacional de Mujeres Sufragistas, abrió la boca para empezar a pronunciar su inspirador discurso. La dama tenía un engañoso aspecto etéreo. Era delicada como una muñeca de porcelana china, tenía el pelo rubio claro y la cara con forma de corazón, pero cuando arengaba a sus discípulas su voz retumbaba por la plaza como el canto de una sirena en la niebla del Támesis.

¿Por qué estaban obligadas a escucharla? Se arremolinaban a su alrededor como ovejas en la tormenta, pese a que resultaba obvio que les gustaría estar en cualquier otro lugar. También apostarían su chal a que ninguna de ellas necesitaba el magro pago de una beca de estudios. Por ejemplo, la joven pelirroja que estaba a su lado parecía bastante modesta, con esos grandes ojos pardos, esa nariz respingona y el rostro arrebolado de frío; sin embargo, gracias a los cotilleos de Oxford, sabía de quién se trataba: era la señorita Harriet Greenfield, hija del magnate de la banca más poderoso de Gran Bretaña. Seguro que el gran Julien Greenfield no tenía ni idea de que su hija trabajaba así de duro por la causa. Si Gilbert supiera algo de eso, sin duda le daría una apoplejía.

La señorita Greenfield sostenía los panfletos con cierta cautela, como si temiera que alguien le diera un mordisco en la mano.

—Escoge, aproxímate, sonríe... —murmuró—. Parece bastante fácil.

No lo era, ni mucho menos. Con esos cuellos blancos y duros y esos sombreros bien calados para evitar que volaran, cada hombre que pasaba parecía una fortaleza amurallada.

La chica alzó la cabeza y sus miradas se encontraron. Mejor dedicar una sonrisa leve y cordial y desviar la vista de inmediato.

—Usted es la señorita Archer, ¿verdad? ¿La estudiante de la beca?

La señorita Greenfield la miraba, bien arropada con una estola de pelo de conejo.

Estaba claro que en Oxford los cotilleos viajaban en todas direcciones.

—La misma, señorita —confirmó, al tiempo que se preguntaba si el tono sería de pena o de burla.

Pero lo que vio en los ojos de la señorita Greenfield fue genuina curiosidad.

—Debe ser usted muy inteligente si ha podido obtener una beca.

—Muchas gracias —respondió Annabelle en voz baja—Lo que ocurre, más bien, es que tengo un exceso de educación.

La señorita Greenfield rio. Parecía muy joven.

—Soy Harriet Greenfield —se presentó. Le extendió la mano enguantada—. ¿Es su primer mitin sufragista?

Lady Lucie, absorta en su disertación sobre la justicia y John Stuart Mill, no pareció notar la conversación entre las dos jóvenes. No obstante, Annabelle bajó el tono hasta el límite del susurro.

—Sí, es mi primer mitin.

—¡Qué bien! También el mío —afirmó la señorita Greenfield—. Y espero que no sea el último. Encontrar la buena causa de cada uno es bastante más difícil de lo que cabría esperar, ¿no le parece?

—¿La buena causa de cada uno...? —repitió Annabelle con el ceño fruncido.

—Sí. Cada uno debería apoyar una buena causa, ¿no cree? En principio pensé en apoyar al Comité de Damas por la Reforma Penal, pero mi madre no me lo permitió. Así que probé con la Real Sociedad Hortícola, pero eso fue un fracaso.

—No sabe cuánto lo siento...

—Es todo un proceso —continuó, imperturbable, la señorita Greenfield—. Tengo la sensación de que los derechos de la mujer son una buena causa, aunque he de confesarle que dirigirse a un hombre y...

—¿Algún problema, señorita Greenfield?

La voz restalló como un látigo y las dos jóvenes se encogieron de inmediato. Vaya por Dios. Lady Lucie las miraba con cara de pocos amigos, con el minúsculo puño apoyado en la cadera.

La señorita Greenfield bajó la cabeza, avergonzada.

—No, no...

—¿No? Tengo la impresión de que estaban hablando sobre algo.

La señorita Greenfield emitió una especie de cloqueo evasivo. Lady Lucie tenía fama de no hacer prisioneros. Las malas lenguas decían que, sin ayuda de nadie, había producido un incidente diplomático, en el que estuvo implicado el embajador de España, a causa de un tenedor de plata...

—Solo decíamos que estamos un poco preocupadas porque somos nuevas en esto —intervino Annabelle, y la mirada de lady Lucie, dura como el pedernal, cambió de presa.

«¡Santo cielo!».

La secretaria general no era capaz de enmascarar el mal humor con sonrisas forzadas o quizá no quería hacerlo. Allá donde un centenar de mujeres pretendieran ser rayos de sol, ella sería una tormenta con rayos y truenos. Sin embargo, y para sorpresa de las dos jóvenes, la dama asintió, no sin cierta brusquedad.

—Dejen de preocuparse —espetó—. Pueden trabajar juntas.

La señorita Greenfield se animó de inmediato y Annabelle sonrió forzada, ella sí que era capaz. Le sorprendería mucho que juntas consiguieran convencer a algún hombre influyente.

Con un aire de confianza que en realidad no sentía, se dirigió con la joven a una parada de coches de punto en la que el olor a excrementos de caballo era intenso.

—Identificar, aproximarse, sonreír —murmuró la señorita Greenfield—. Señorita Archer, ¿cree usted que esto puede hacerse sin llamar la atención? Mi padre..., la verdad es que no sé si está de acuerdo con que se trabaje públicamente por esta causa. Y menos con que lo haga yo.

Annabelle paseó la vista por la plaza. Estaban en el auténtico corazón de Londres, debajo mismo del Big Ben, rodeados de personas que quizá tenían, todas ellas, de un modo u otro, relación de negocios con el padre de la señorita Greenfield. No llamar la atención supondría regresar a Oxford, por ejemplo. Un caballero que se dirigía a la parada redujo el ritmo, las miró y dio un explícito rodeo, haciendo un evidente gesto de desagrado con los labios y la nariz, como si su presencia le desagradara tanto como el olor a caballo. A otra sufragista que pululaba por los alrededores tampoco le iba demasiado bien: los hombres le hacían el vacío a base de miradas desdeñosas y gestos de desprecio con sus caballerescas manos. Tales reacciones empezaron a producirle a Annabelle una sensación en la boca del estómago que, en ese momento cayó en la cuenta, llevaba bastante tiempo evitando y que se convirtió en una bocanada de ácido que le alcanzó la garganta: indignación, rayana en la ira.

—No es que mi padre sea muy proclive a reconocer los derechos de las mujeres, pero... ¡Oh! —La señorita Greenfield tragó saliva y fijó su atención en algo que estaba pasando detrás de Annabelle.

Esta se dio la vuelta.

Cerca de la entrada al Parlamento surgió de entre la niebla un grupo formado por tres hombres. Se aproximaban a los coches de punto a la velocidad de una máquina de vapor que arrastra su locomotora.

Sintió un escalofrío en la espina dorsal.

El tipo de la izquierda tenía un aspecto brutal, pese a que su ropa era cara y bien cortada y a que sus rasgos no se correspondían con los de un alborotador callejero. El de en medio era un caballero en todos los aspectos, de atuendo y de apariencia, con la estilizada cara flanqueada por largas patillas. Y el tercero..., el tercero era el prototipo de lo que estaban buscando, un caballero influyente: el sombrero ligeramente inclinado le oscurecía la cara, y el abrigo, cortado con maestría, resaltaba los hombros de atleta y el caminar decidido y altivo. Transmitía también esa certeza que da el estar al mando, el tener derecho de propiedad sobre cada centímetro del suelo que pisaba.

Como si hubiera sentido su mirada fija en él, alzó la vista.

Ella se quedó helada.

Los ojos eran sorprendentes. Su fría claridad destilaba inteligencia, una inteligencia aguda y penetrante capaz de llegar al núcleo de las cosas y de los órganos para evaluar, rechazar y hasta... destripar.

Y en ese momento, Annabelle se convirtió en un ser transparente y tan frágil como el vidrio.

Desvió la mirada. El corazón le latía desbocado. Conocía a ese tipo de hombres. Había pasado años resentida con ellos; con esos caballeros que llevaban la confianza incrustada en los huesos, que exudaban por todos los poros unos privilegios que parecía que de un momento a otro iban a salirseles a chorros por la aristocrática nariz. Acobardaban a cualquiera con una bien trabajada mirada de absoluta superioridad.

De repente, le pareció que no acobardarse ante la mirada de este hombre era lo más importante del mundo.

¿No querían ser escuchadas por hombres influyentes? Al menos había cumplido el primer paso: identificar al caballero.

Segundo paso: aproximarse con firmeza. Apretó los panfletos al tiempo que los pies la impulsaban directamente a su encuentro.

Entrecerró los ojos claros.

Tercer paso: sonreír.

Notó un toque en el hombro.

—¡Apártese, señora!

Era el del aspecto brutal. Había olvidado su existencia. Ahora la sentía tan arrolladora que la hizo tropezar; durante un horrible instante fue como si el mundo se inclinara para caer sobre ella.

Una mano firme la sujetó con fuerza por el antebrazo, ayudándola a recuperar el equilibrio perdido.

Alzó la mirada y se encontró con la helada frialdad de los claros ojos. «¡Maldita sea!». Era el aristócrata en persona quien la había sujetado.

¡Por Dios bendito! El individuo sobrepasaba todos los límites de los objetivos que se había planteado abordar. La sujetó sin un ápice de suavidad, aunque sin hacerle daño. Su armadura externa no tenía ni rayaduras ni rendijas. Notó que iba afeitado a la perfección, con el pelo rubio nórdico muy corto a los lados. Todo en él destilaba limpieza, eficiencia, orden y masculinidad: la nariz prominente, el vello de las cejas, la firmeza de la mandíbula. Su superficie era tan pulida e impenetrable como la de un glaciar.

Se le encogió el estómago hasta la náusea. Estaba cara a cara con un representante sin fisuras de la más exclusiva de las estirpes, un hombre absolutamente inmanejable.

Tenía que huir. Pero los pies parecían habersele enraizado en el suelo. No podía dejar de mirarlo. Esos ojos... Un mundo de controlada intensidad brillaba en las frías profundidades, y ella era incapaz de dejar de contemplarlo. Estuvo anclada a esa mano y a esa mirada hasta que, en un momento dado, se estableció entre ellos una consciencia mutua tan perturbadora como una corriente eléctrica.

El caballero entreabrió los labios y bajó la mirada hasta la boca de ella. El brillo de sus ojos pareció adquirir en un momento dado un calor que desapareció al instante, como los relámpagos.

Normal. Con independencia de su estatus, a todos los hombres les gustaba su boca.

Levantó la mano con la que sujetaba los panfletos y se los colocó prácticamente delante de la nariz.

—¿Apoya la enmienda a la Ley de Propiedad de las Mujeres Casadas, caballero?

Aunque parecía imposible, su mirada se volvió aún más helada.

—Está usted jugando a un juego algo arriesgado, señorita.

La voz, tan fría y arrogante como su aspecto, en lugar de calmarla, la alteró.

—Con el debido respeto, el riesgo de ser atropellada por un caballero a plena luz del día suele ser muy bajo —aseveró—. ¿Sería tan amable de soltarme ya, por favor?

El caballero fijó la vista en su propia mano, que seguía rodeando el brazo de Annabelle, e hizo un mínimo gesto de desconcierto.

Un instante después, estaba libre, pero la presión de sus dedos alrededor del brazo se mantenía, como la sensación que deja una quemadura en la piel. El ruido de la plaza del Parlamento, hasta ese momento inapreciable para ella, regresó con fuerza.

El caballero echó a andar y se alejó, seguido al trote por sus acompañantes.

Annabelle tragó saliva y se dio cuenta de que tenía la boca seca. Todavía sentía un hormigueo en los labios, como si, en lugar de mirarlos, él se los hubiera rozado con la yema del dedo.

Una mano pequeña y enguantada le tiró de la manga y ella dio un respingo. La señorita Greenwood la miraba con ojos muy abiertos, preocupados y... asombrados.

—¿Está usted bien, señorita?

—Sí. —«No». Le ardían las mejillas como si hubiera caído de bruces sobre los adoquines. Se arregló la falda con mano temblorosa—. Así estamos —continuó con falsa alegría—. Tengo la impresión de que el señor no está interesado.

Con el rabillo del ojo vio al caballero de hielo y sus compinches entrando en un gran carruaje. Mientras tanto, la señorita Greenfield la miraba con disimulada cautela, tal vez en un intento de averiguar, de la forma más cortés posible, hasta qué punto estaba alterada. No lo estaba, pero no podía negar que había actuado por impulso. Que Dios la ayudara. Hacía mucho que no obraba de modo impulsivo.

—¿No sabe quién era? —preguntó la señorita Greenfield.

Annabelle negó con la cabeza.

—Pues... el duque de Montgomery.

Duque. El primer hombre al que había intentado convencer resultaba que era duque, de alcurnia solo un poco por debajo de la de un príncipe...

A su espalda sonó el ruido de unos zapatos que avanzaban con rapidez: lady Lucie se aproximaba a ellas con la fuerza de una pequeña fragata.

—¿Era lo que parecía? —preguntó—. ¿Ha intentado usted convencer al duque de Montgomery?

Annabelle se puso rígida.

—No sabía que estaba excluido.

—No, no lo está. Lo que pasa es que nadie ha intentado abordarlo antes. —La dama miró a Annabelle varias veces de arriba abajo—. No soy capaz de decidir si es usted una de las mujeres más valientes que he reclutado nunca o, por el contrario, una de las más ridículas.

—No sabía quién era —explicó Annabelle—. Solo me pareció un hombre influyente.

—Pues tengo que reconocer que en eso tiene usted razón —comentó lady Lucie como para sí—. Es uno de los hombres más influyentes del país.

—Entonces, ¿no merecía la pena intentar hablarle?

—¿Se ha fijado en él? Ese hombre se divorció de su esposa apenas un año después de la boda, se quedó con su dote y la forzó a desaparecer. Podemos asumir, sin temor a equivocarnos, que es una causa perdida en lo que se refiere a los derechos de las mujeres, por lo que no merece la pena gastar nuestras energías y recursos con él.

—¿Un divorcio? —Annabelle procedía de un pueblo muy pequeño, pero hasta en Chorleywood sabían que en la aristocracia no había divorcios—. ¿La opinión del duque podría influir en la de otros caballeros influyentes?

Lady Lucie soltó un gruñido muy poco femenino.

—Si quisiera, podría manipular las elecciones por completo.

—Entonces eso significa que, si está contra nosotras, apenas importa a cuántos caballeros ganemos para nuestra causa, ¿no es así?

—Posiblemente. —Lady Lucie frunció el ceño—. Pero la verdad es que no podemos hacer nada. Nuestro ejército no está hecho para atacar semejante fortaleza.

—Entonces, ¿qué le parecería sitiaria? —propuso Annabelle—. O bien un subterfugio... Por ejemplo, un enorme caballo de madera.

Dos pares de ojos entrecerrados la miraron.

¡Vaya por Dios! Había expresado sus pensamientos en voz alta. El contacto con ese hombre la había alterado bastante más de lo que pensaba.

—La verdad es que me gusta cómo suena eso —reconoció lady Lucie arrastrando las palabras—. Pondremos a Montgomery en la agenda de la reunión de la semana próxima. —Sonrió un poco y le tomó la mano a Annabelle—. Llámame Lucie. Y tú también, Hattie Greenfield. Y ahora debo excusarme. Me ha parecido ver a lord Chiltern por allí.

La observaron sumergirse en la niebla, la bufanda roja ondeando como un gallardete. Cuando la señorita Greenfield se volvió hacia Annabelle, su expresión era seria.

—Antes me has salvado de que Lucie me diera unos pescozones delante de todas. Por favor, llámame Hattie.

Parecían algo inadecuadas semejantes familiaridades, antes con una dama y ahora con una heredera. Annabelle respiró hondo. Esta era su nueva vida: ser estudiante, abordar a duques para que legislaran como debían, estrechar la mano de chicas inmensamente ricas que vestían estolas granates de pelo. Le pareció que lo más inteligente sería fingir que para ella todo eso era de lo más normal.

—Será un placer —dijo—. Y discúlpame por haber llamado la atención.

La risa de Hattie flotó por toda la plaza y atrajo más miradas escandalizadas que los mismísimos panfletos.

Esa tarde no lograron animar a ningún caballero influyente. Entre intento e intento, Annabelle no dejó de echar miradas furtivas a la zona por donde había desaparecido el carruaje del duque.